

El celebrante y el altar antes y después del Concilio Vaticano II.

*Emmanuel de Butler OSB*¹

El protocolo del 5 de mayo de 1988, que se comprometieron a observar las comunidades deseosas de beneficiarse de las disposiciones del *Motu proprio* del 2 de julio de 1988, obliga a dichas comunidades a «comprometerse a una actitud de estudio y comunicación con la sede apostólica, evitando toda polémica sobre los puntos enseñados por el Vaticano II o las reformas posteriores que les parezcan difícilmente conciliables con la Tradición».

Aunque no han faltado críticas a la reforma litúrgica que siguió al Concilio Vaticano II en los últimos treinta años, nos parece que aún no se ha realizado un estudio sistemático y profundo de los ritos modificados o de los puntos controvertidos. El presente estudio pretende ser una pequeña contribución a dicha labor, en el ámbito concreto de la historia de la liturgia de la misa.

Antes que nada, dos convenciones:

1 - En este estudio, entenderemos por «misa romana» la misa romano-franca nacida de la reforma carolingia, que se impuso rápidamente en toda Europa, antes de fijarse con algunas variantes de detalle, según las regiones o las órdenes religiosas. En este sentido, entenderemos por «misa romana» los ritos de la misa dominicana, cisterciense y lionesa, que, en definitiva, solo presentan diferencias secundarias con respecto a la misa de la curia romana del mismo periodo.

2 - En lo que respecta al altar, utilizaremos los términos «derecha» e «izquierda» en el sentido que tenían hasta el siglo XVI, es decir, en relación con el celebrante que tiene el altar delante de él. Por lo tanto, el lado derecho será el lado de la epístola y el izquierdo el del Evangelio.

En las ediciones del *Missale romanum* (hasta 1962 inclusive), se establece que el simple sacerdote que celebra la misa solemne debe permanecer en el altar durante la primera parte de la misa. Es en el altar donde debe entonar el *Gloria* o el *Credo* y cantar la colecta; en el altar debe permanecer durante la epístola y el evangelio, en el altar debe bendecir al subdiácono y al diácono, y solo puede sentarse para esperar a que el coro termine de cantar. Por el contrario, en la misa pontifical, el obispo celebrante realiza estas diferentes acciones desde su sede.

En *el Ordo missæ* de 1965, y posteriormente en el de 1970, por el contrario, «En las misas cantadas y en las misas leídas celebradas con el pueblo, después de besar el altar o incensarlo, el celebrante se dirige al asiento, a menos que, según la disposición particular de la iglesia, parezca más conveniente que permanezca en el altar hasta la oración inclusive. Una vez terminado el incensario (de la entrada), el celebrante con los ministros se dirige al asiento y allí, después del canto del *Kyrie*, comienza, si se debe decir, el *Gloria in excelsis Deo*»².

El presente estudio no pretende discutir la conveniencia de este cambio, sino llevar a cabo una investigación histórica lo más precisa y completa posible. Nuestra pregunta es la siguiente:

¹ Conferencia pronunciada en el III Coloquio CIEL en Versalles, octubre de 1997.

² *Ritus servandus in celebratione missæ*, 26 de enero de 1965, n. 23 y 31.

¿está la norma vigente hasta 1962 universalmente atestiguada en la historia de la misa romana —o hay excepciones— y, por otra parte, tiene esta norma un significado preciso?

El acceso a los documentos que nos permiten responder a nuestra pregunta es relativamente fácil. De hecho, los liturgistas de los siglos XVII y XVIII realizaron una valiosa labor de documentación en este ámbito. Una tarea notable, teniendo en cuenta los limitados medios de investigación de que disponían. Mencionemos en primer lugar a Dom Jean Mabillon, a quien debemos, en 1689 —en el segundo volumen de su *Iter Italicum*—, la primera edición de *los Ordines Romani* de la Edad Media, descripciones de las ceremonias papales y su adaptación a las celebraciones episcopales; y luego a Dom Edmond Martène, que publicó entre 1700 y 1738 su *De Antiquis Monachorum ritibus* y los tres tomos de su *De Antiquis Ecclesiae ritibus* —abreviaremos respectivamente AMR y AER—, y daremos las referencias según la edición llamada de Amberes (1736-1738), cuyos cuatro volúmenes fueron reimpresos entre 1967 y 1969 por Georg Holms, Hildesheim, y, en 1717, en colaboración con Dom Ursin Durand, su *Voyage littéraire de deux bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur* —abreviaremos VLB—; el padre Pierre Le Brun, del Oratorio, cuya *Explication littérale, historique et dogmatique des prières et des cérémonies de la messe* (*Explicación literal, histórica y dogmática de las oraciones y ceremonias de la misa*) se publicó entre 1716 y 1726, y que dejó a la posteridad unos archivos notables, conservados en la Biblioteca Nacional de Francia, los «Papiers Le Brun» (mss lat. 16796-16818); y, por último, Jean-Baptiste Le Brun Des Marettes, que publicó en 1718, bajo el seudónimo de Sieur de Moléon, sus *Voyages liturgiques en France, ou recherches faites dans diverses villes du royaume* (Viajes litúrgicos por Francia, o investigaciones realizadas en diversas ciudades del reino), que abreviaremos como VLF. Estos diferentes trabajos no están exentos de limitaciones, debido a la insuficiencia de los medios de información de la época, por supuesto, pero también porque estos autores son más o menos jansenistas y galicanistas. Le Brun Des Marettes es antiguo alumno de Port-Royal, lo que se refleja claramente en su obra, que se asemeja más a una defensa de las tesis jansenistas que a un verdadero estudio científico, aunque gran parte de la información que proporciona es exacta. Pierre Le Brun es apelante de la bula *Unigenitus* y no se retractará hasta la víspera de su muerte, en 1729. Pero hay que reconocer que supo mostrar una objetividad real, hasta tal punto que en nuestra época reúne los votos de los más opuestos: el tomo I de su obra fue reeditado en 1941 por el CNPL y en 1978 por el padre Barbara con un prefacio de Mons. Lefebvre. Jansenistas y galicanistas, sienten una gran simpatía por la «Iglesia primitiva» —o la idea que se hacen de ella— y no dejan de llamar la atención de sus lectores sobre todo lo que les parece que aboga por un retorno a la antigüedad.

El estudio de los diferentes documentos nos invita a distinguir dos aspectos de la modificación introducida en 1965. ¿El sacerdote celebrante se coloca en el altar o en el asiento?

1 - ¿Para entonar el *Gloria* (el *Credo*) y cantar la colecta?

2 - ¿Durante las lecturas y los cantos intercalados: Gradual, *Aleluya*?

El documento descriptivo más antiguo y detallado que nos ha llegado sobre la celebración solemne de la misa romana es *el Ordo romanus I*, que se data, según el consenso general, en el siglo VII. Recordemos que en las antiguas basílicas romanas, el asiento pontificio, la *cathedra*, se encuentra detrás del altar (esquema A), al fondo del ábside, frente a la nave, disposición que, por cierto, se encuentra también al otro lado de los Alpes, en las catedrales de Lyon y Viena, por

ejemplo. He aquí el pasaje que nos interesa (se trata de la misa del papa): «Cuando se dice (en el introito) *Sicut erat*, el pontífice se endereza, besa el evangeliario y el altar, y se dirige al asiento, donde permanece de cara al Oriente. La schola, una vez terminada la antífona (*de introito*), entona el *Kyrie eleison*. (...) A continuación, el pontífice comienza el *Gloria in excelsis Deo*, si es el momento. Y no se sienta hasta que se haya respondido *Amén* a la primera oración³ ».

El pontífice celebrante —en este caso, el papa— permanece, pues, en el asiento:

1 - Para entonar el *Gloria*, (el *Credo*) y cantar la colecta.

2 - Durante las lecturas y los cantos intercalados: Gradual, *Aleluya*.

El Ordo romanus II, contemporáneo del primero, nos aporta una precisión interesante : «Si el sumo pontífice está ausente, estas son las cosas que otro obispo hará de manera diferente : (...) En segundo lugar, no se sentará en el asiento detrás del altar; en tercer lugar, no rezará detrás del altar, sino a la derecha del altar⁴ ». Dos *Ordines* ligeramente posteriores precisan que «a la derecha del altar» se ha preparado un asiento⁵ .

Por lo tanto, hay dos situaciones:

1. Si el papa celebra, ocupa el asiento absidal durante toda la liturgia de la palabra: allí entona el *Gloria* y el *Credo*, canta la colecta y permanece allí durante las lecturas y los cantos intercalados.

2. Pero si es sustituido por un obispo, este ocupa otro asiento, el *faldistorium*, situado en la dependencia inmediata del altar, y a la derecha; allí entona el *Gloria* y el *Credo*, canta la colecta y permanece allí durante las lecturas y los cantos intercalados. Tenemos aquí el prototipo de la *missa pontificalis ad faldistorium* del *Ceremoniale episcoporum* de 1600.

¿Por qué ocupa otro asiento? La razón es sencilla: «El asiento absidal, la *cathedra*, simbolizaba la autoridad y los derechos inherentes al cargo episcopal. El día de su ordenación, el papa era entronizado solemnemente en la de San Pedro de Roma. Por eso, ningún otro obispo o sacerdote, que sustituyera ocasionalmente al sumo pontífice, podía sentarse en ella⁶ . Así pues, se aprecia claramente una distinción entre el pontífice con jurisdicción —que se sienta hasta el ofertorio lejos del altar, en la *cátedra* absidal, que es para él el lugar propio desde donde preside la primera parte de la misa— y el pontífice sin jurisdicción, que se sienta cerca del altar, desde donde preside la primera parte de la misa, en un asiento móvil.

No deja de ser interesante señalar que este mismo principio seguirá marcando la liturgia papal varios siglos más tarde. Así, leemos en el Ordinario de Inocencio III, a propósito de las oraciones solemnes del Viernes Santo : «El pontífice, levantándose, dice estas oraciones solemnes desde su asiento. Si las dice otro que no sea el papa, debe hacerlo en el altar».

Pero aquí debemos hacer una pequeña digresión, indispensable para comprender bien lo que sigue. Los primeros *Ordines*, redactados para difundir la liturgia romana más allá de los Alpes,

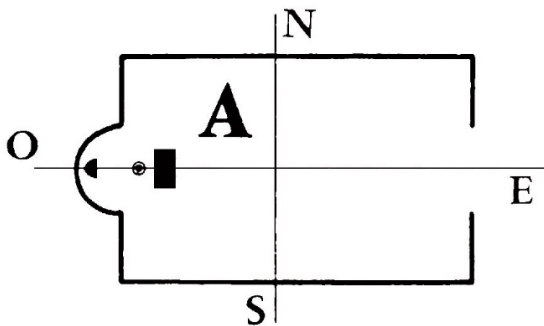
³ M. ANDRIEU, *Les Ordines romani du haut Moyen-Age*, 6 volúmenes, Lovaina: Spicilegium Sacrum Lovaniense, 1931 y ss. *OR I*, 51-53.

⁴ *OR II*, 2, 3.

⁵ *OR IV*, 18; *OR V*, 21.

⁶ ANDRIEU, *op. cit.*, t. II, p. 144, nota 3.

tuvieron que retocar ligeramente los ritos procedentes de Roma. En efecto, en Roma, muchas basílicas son «occidentalizadas» y, por lo tanto, tanto en el altar como en la *cátedra*, el papa se situaba de cara al Oriente y de cara a la asamblea (esquema A).



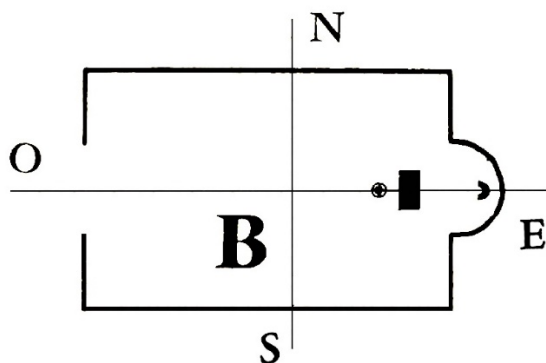
☪ : *cathedra episcopalis*.

■ : *Mensa*.

● : *Célebrant*.

A) Posición probablemente primitiva, ábside al oeste, fachada y abertura al este.
El celebrante en la mensa está orientado hacia el este, por lo tanto, ipso facto, hacia los fieles.

En los países de liturgia gálica, por el contrario, las iglesias están orientadas, es decir, con la cabecera hacia el sol naciente. De esta manera, los fieles, mirando hacia el altar, tienen el rostro vuelto hacia Oriente. En cuanto al pontífice, para estar orientado hacia Oriente en el altar, no debía situarse detrás del altar, como en Roma, sino delante (esquema B).



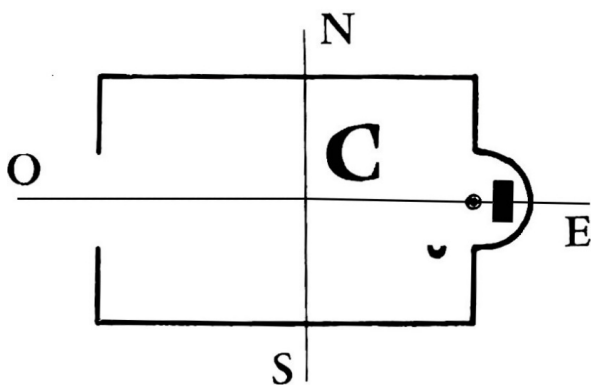
☪ : *cathedra episcopalis*.

■ : *Mensa*.

● : *Célebrant*.

B) Posición del ábside al este, fachada y abertura al oeste; tipo que predomina a partir de 450 aproximadamente. El celebrante en la mensa, para orientarse correctamente, se gira hacia el fondo del hemiciclo absidal y, por lo tanto, ipso facto, da la espalda al pueblo (o, mejor dicho, se gira hacia el este con el pueblo).

Ahora bien, continúa Andrieu, «para ir desde la parte delantera del altar hasta el asiento del fondo de la abside, el trayecto era complicado: en lugar de tener que darse la vuelta y dar unos pasos, como en las basílicas romanas, el pontífice debía ahora rodear el altar, atravesando las filas de los ministros asistentes. La longitud del recorrido y el temor a que causara disturbios llevaron a los interesados a acercar el asiento pontificio y colocarlo a partir de entonces a la derecha del altar, como se hacía en Roma cuando el papa no celebraba en persona⁷ » (esquema C).



● : *cathedra episcopalis*.

■ : *Mensa*.

● : *Célebrant*.

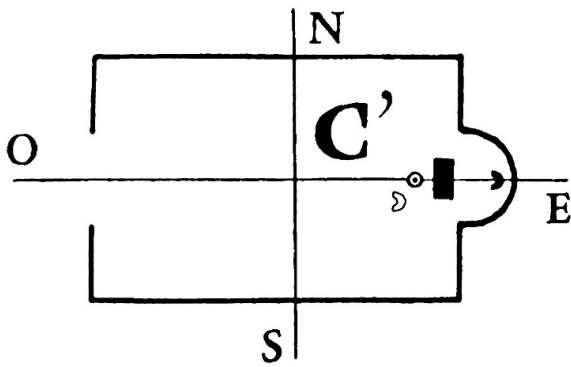
C) Solución medieval: ábside (o cabecera) al este, fachada y abertura al oeste. El altar, para evitar movimientos complicados (que exige la posición B), se coloca al fondo de la cabecera, y la cátedra se traslada a un lado. El celebrante, para no desorientarse en este tipo de arquitectura, deberá celebrar necesariamente hacia el fondo del ábside.

El Ordo IV, casi contemporáneo del *Ordo I* pero redactado en territorio franco, ya no menciona el asiento absidal: «El pontífice se dirige al lado derecho del altar, a su asiento, y los diáconos con él, a sus lados, de pie y mirando hacia Oriente⁸ . ». Así pues, la distinción entre el pontífice con jurisdicción —que se sienta en la *cátedra* absidal— y el pontífice sin jurisdicción —que se sienta cerca del altar, en *el faldistorium*— se difumina.

Corrijamos aquí un pequeño error del profesor Cyrille Vogel, que orienta hacia el norte el asiento situado a la derecha del altar (esquema C), cuando los textos nos invitan evidentemente a orientarlo hacia el oeste (véase el esquema C').

⁷ ANDRIEU, *op. cit.*, t. II, p. 144.

⁸ *OR IV*, 18.



∅ : *faldistorium*.

■ : *mensa*.

● : *célébrant*.

C') Solución medieval, boceto corregido: el uso de la «cathedra» absidal ha caído generalmente en desuso. El celebrante utiliza otro asiento, móvil, el «faldistorium» (∅), pero orientado como la antigua «cathedra».

En el siglo XIII, el pontifical de Durand de Mende, antecesor casi inmediato de los libros tridentinos, prescribe al obispo que celebra pontificalmente en su diócesis que se dirija «al asiento preparado para él a la derecha del altar», añadiendo sin embargo: «En las fiestas principales, el pontífice se sienta detrás del altar, haciendo lo que le hemos prescrito hacer cuando, en las demás solemnidades, se sienta a la derecha del altar⁹».

Por lo tanto, está bien establecido que, según nos permiten remontarnos los textos, el obispo permanece en el asiento absidal si tiene jurisdicción, y en el asiento móvil situado en la dependencia inmediata del altar si no tiene jurisdicción, durante la primera parte de la misa.

Pero, ¿qué ocurre con el simple sacerdote? Hay que reconocer que no disponemos de documentos tan antiguos. Existen los *Ordines romani XV* y *XVII*, de finales del siglo VIII, pero, dado el género *Ordines romani*, es muy difícil determinar:

- 1) Si estos dos *Ordines* describen exactamente una liturgia celebrada efectivamente, o si son más bien textos «propagandísticos» redactados por un teórico con el fin de favorecer la difusión del rito romano más allá de los Alpes. Su falta de posteridad inclinaría más bien hacia la segunda hipótesis.
- 2) Si el celebrante es efectivamente un simple sacerdote. En el caso del *Ordo XVII*, dom Pierre Salmon lo excluye claramente¹⁰.

Por otra parte, los tratados medievales sobre los ritos de la misa se centran más en explicar su simbolismo —a menudo alegórico— que en describirlos. Así ocurre con *la Expositio missæ* de

⁹ M. ANDRIEU, *Le Pontifical Romain au Moyen-Age*, t. III, *Le Pontifical de Guillaume Durand*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, 1940, III, XVIII, n. 24 y 43.

¹⁰ P. SALMON, *Etude sur les insignes du pontife dans le rit romain*, Roma: Officium Libri Catholici, 1955, 31.

Amalario de Metz (Y 850)¹¹ y la de Remigio de Auxerre (Y 908)¹². Esto no es de extrañar: no se tomaba la molestia de describir con precisión ritos conocidos por todos y practicados a diario.

El *Liber de officiis ecclesiasticis* de Jean d'Avranches (hacia 1060), aunque también pertenece al género *Expositio missæ*, es un poco más preciso. En él leemos que, después de besar el altar y el evangelario, «el sacerdote se dirige al lado derecho del altar (...) El diácono le sigue y se queda detrás de él hasta que le hace una señal para que se siente. (...) Cuando el subdiácono comienza la epístola, el sacerdote se sienta cerca del altar y hace una señal al diácono para que se siente en su lugar¹³». Evidentemente, el sacerdote celebrante se encuentra:

1 - En el altar para entonar el *Gloria* (el *Credo*) y cantar la colecta.

2 - En el asiento durante las lecturas y los cantos intercalados (Gradual, *Aleluya*).

Cabe destacar la similitud entre el *faldistorium* del prelado y el asiento del «simple sacerdote», ambos situados cerca del altar, en el lado derecho, pero también la diferencia entre ambos asientos: el *faldistorium* del prelado está situado frente a la asamblea, y el celebrante se sienta en él desde el comienzo de la misa —es verdaderamente, como la antigua *cathedra* absidial, un asiento de presidencia—, mientras que el asiento del «simple sacerdote» está situado perpendicularmente al altar, y el sacerdote y sus ministros solo se sientan en él durante las lecturas y los cantos intercalados; el canto de la colecta y la entonación del *Gloria*, que son propiamente los dos primeros «actos presidenciales» del celebrante, se realizan en el altar. *El Ordo missæ* según el uso de la Iglesia romana —corte papal— anterior a 1227 también marca muy claramente la diferencia entre el obispo y el sacerdote —se trata del canto de la colecta—: «Antes de decir *Dominus vobiscum*, si el que celebra es sacerdote, besa el altar; si es obispo, dice, de pie delante del asiento: *Pax vobis*¹⁴».

Las *Consuetudines* cluniacenses de Udalric (1080), por su parte, dicen que el celebrante «se sienta desde la epístola hasta que se llega al Evangelio», pero que para bendecir al diácono antes del Evangelio, el celebrante «se pone de pie junto al lado derecho del altar, y el diácono junto al lado izquierdo»¹⁵: por lo tanto, es evidente que el celebrante regresó al altar justo antes del Evangelio. El ordinario de Montecassino de la época del abad Oderisius (1099-1105) especifica que, tras la incensación del altar, el sacerdote celebrante se coloca a la derecha del altar, con el diácono y el subdiácono detrás de él, hasta el *Gloria* y la colecta, ambos incluidos. Para la epístola, los cantos intercalados —y, al parecer, el Evangelio—, se sienta en su asiento¹⁶.

Llegados a este punto de nuestro estudio, surge una pregunta. De hecho, hacia finales del siglo XI surge una costumbre según la cual el celebrante lee en voz baja lo que canta el coro —

¹¹ *Amalarii episcopi opera liturgica omnia*, ed. HANSENS, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, 1950, 297-321.

¹² PL 101, 1247 sq.

¹³ PL 147, 33.

¹⁴ «Orden de la misa según el uso de la Iglesia romana (Corte) antes de 1227», en Stephen J.P. VAN DIJK, *El Ordinal de la Corte Papal desde Inocencio III a Bonifacio VIII y documentos relacionados*, Friburgo: University Press, 1975, 501.

¹⁵ PL 716, 149.

¹⁶ E. MARTENE, *AMR*, Lib. II, Cap. IV, § I, n. VII.

Introito, *Kyrie*, *Gloria*, epístola, gradual, *Aleluya*, etc.—¹⁷. ¿No fue esta costumbre la que llevó al celebrante a permanecer en el altar durante la primera parte de la misa, para leer en el misal? La respuesta es sencilla: en la misma época, en el rito pontificio, el pontífice también comienza a leer en voz baja lo que canta el coro o los ministros, y sin embargo sigue acudiendo inmediatamente al asiento al comienzo de la misa, y es en el asiento donde realiza esta lectura privada. Por lo tanto, no hay una relación determinante entre la lectura privada por parte del celebrante y la permanencia en el altar durante ese tiempo. Lo que prima es el significado simbólico: la presidencia en el asiento significa jurisdicción, la presidencia en el altar significa ausencia de jurisdicción.

A partir del siglo XII, estas mismas indicaciones aparecen cada vez con mayor frecuencia. Citemos, por ejemplo, Cîteaux : *Consuetudines* de 1191¹⁸ , los dominicos¹⁹ , la congregación benedictina de Bursfeld²⁰ , la Cartuja: estatutos de dom Riffier (1259) o *Antiqua Statuta*²¹ ; del mismo modo, *el Ordinarium Cartusiense* de 1582²² , y el de 1932²³ , los premonstratenses²⁴ , en Bayeux²⁵ , en Salisbury²⁶ ...

La lista podría prolongarse indefinidamente, ya que los documentos son numerosos y casi unánimes en este punto.

Sin embargo, los liturgistas de los siglos XVII y XVIII nos señalan varios casos en los que se ve al simple sacerdote permanecer en el asiento durante la primera parte de la misa. Después de leer, pluma en mano, el *Viaje literario de dos benedictinos*, la *Explicación literal, histórica y dogmática*, los *Viajes litúrgicos por Francia* y los pasajes de *De Antiquis Monachorum ritibus* y *De Antiquis Ecclesiae ritibus* sobre el tema, he encontrado cuatro. Estudiémoslos detenidamente.

En primer lugar, Reims y Laon, que agrupo por la razón que veremos en un momento. Martène, al describir los ritos de la misa, escribe: «El pontífice permanece en el trono hasta el ofertorio, y durante ese tiempo recita o canta todo lo que debe recitarse o cantarse». En la iglesia de Reims, todos los celebrantes, incluso los que no son obispos, disfrutaban del mismo privilegio. No recitan ni cantan nada en el altar antes del ofertorio, sino en un atril situado al lado del altar. Es posible que esta misma costumbre estuviera en vigor en las demás iglesias dependientes de esta metrópoli: al menos así parece ser en Laon, según se desprende de un manuscrito ordinario de esta iglesia, en el que se prescribe que «una vez terminado el *Gloria*, el sacerdote se acerque al lectorio

¹⁷ Esta cuestión será objeto de un estudio posterior.

¹⁸ Ph. GUIGNARD, *Les monuments primitifs de la règle cistercienne*, Dijon, 1878, 142-143.

¹⁹ «Directions for the celebration of high mass by the dominican friars, from a thirteenth century manuscript», en *Tracts on the mass*, editado por J. WICKHAM LEGG, Henry Bradshaw Society, vol. XXVII, Londres, 1904, 76.

²⁰ *Ordinarius divinatorum de observantia Bursfeldensi*, (1474), citado en MARTENE, *AMR*, Lib. II, Cap. IV, § I, n. XIII.

²¹ *Statuta et privilegia Ordinis Cartusiensis*, Basilea, apud J. Amorbach, 1510, parte 1 cap. 4, citado en MARTENE, *AER*, Lib. I, Cap. IV, Art. XII. (Ordo XXV), tomo I col. 631 E.

²² MARTENE, *AMR*, Lib. II, Cap. IV, § I, n. XXVI.

²³ *Ordinarium cartusiense*, Parkminster, 1932, 144, 147, 153.

²⁴ *Ordinario de Prémontré*, siglos XII-XIII, Lovaina, 1940.

²⁵ *Bajocensis ecclesiae Ordinarium*, Bayeux, Biblioteca del Capítulo, ms. 121, siglo XIII, en MARTENE, *AER*, Lib. I, Cap. IV, Art. XII. (Ordo XXIV).

²⁶ *Missale ad usum Sarum*, 1489, por M. WENSSLER, Basilea, citado en MARTENE, *AER*, Lib. I, Cap. IV, Art. XII. (Ordo XXXV).

para decir las oraciones²⁷. Un poco más adelante, Martène vuelve a citar este Ordinario: «De un antiguo Ordinario de la Iglesia de Laon: "Después del canto del *Kyrie*, el sacerdote se dirige al lectern situado a la derecha del coro y comienza el *Gloria in excelsis*. (...) Una vez terminado el *Gloria*, el sacerdote vuelve al lectern para recitar las oraciones²⁸". Esta particularidad parece confirmarla Le Brun Des Marettes, quien precisa que el mencionado atril se coloca en el asiento del celebrante: «En la catedral de Reims, en las misas solemnes, el sacerdote reza la oración *Aufer a nobis*, luego sube al altar y lo besa. A continuación, se acerca al altar, a su asiento, y lee en un pequeño atril el comienzo de la misa hasta el secreto (ya que permanece allí hasta el Ofertorio); también lee, como en Laon, la poscomunión en el mismo atril²⁹».

Por desgracia para nosotros, Martène no cita aquí ningún documento que respalde lo que afirma. Los tres manuscritos ordinarios que se conservan actualmente en la Biblioteca Municipal de Reims (mss. 328, 329 y 330, de los siglos XIII-XIV, editados por Ulysse Chevallier³⁰), similares en cuanto al texto al Ordinario de Reims citado en otra parte por Martène (y hoy desaparecido), no dan ninguna precisión sobre este punto. Le Brun Des Marettes tampoco proporciona ninguna fuente para Reims. Lo mismo ocurre con los «Papiers Le Brun», que no contienen ninguna información para Reims sobre este tema. En cuanto a Laon, tenemos un poco más de suerte con el voluminoso ceremonial de Bellotte³¹. En efecto, en la redacción de su ceremonial, Bellotte utiliza como fuentes, que sigue con meticuloso escrupulo, dos Ordinarios manuscritos de Laon, el de Lisiard (siglo XII) y el de Corlandon (siglo XIII). Martène, por su parte, probablemente tenía ante sus ojos una redacción un poco más desarrollada del *Ordo* de Lisiard³². Ahora bien, esto es lo que nos enseña Bellotte: «El celebrante, tras besar el evangelario e inclinarse profundamente ante el altar, se retira al legile situado fuera del altar, junto a la epístola, donde, de pie frente al altar, lee en voz baja y en solitario el introito de la misa en un misal ya abierto y colocado sobre el mencionado legile³³. Es en ese mismo legile donde el celebrante entona el *Gloria* y lo continúa en voz baja, y donde canta las oraciones. Pero Bellotte añade: «Después de haber dicho las oraciones, si desea sentarse, tras saludar al altar con una profunda inclinación, desciende por los escalones del lado de la epístola hasta su asiento. (...) Lee la epístola en un legile móvil situado a la derecha del asiento sacerdotal³⁴.» La precisión es importante: hay dos atriles, algo que Le Brun Des Marettes no había visto: el primero, situado en lo alto de los escalones del altar, delante de este y a la derecha, en el que el celebrante se coloca para entonar el *Gloria* o cantar las colectas, lo que significa que está en el altar y no en el asiento; y, al pie de los escalones del altar, un segundo, situado junto al asiento, en el que lee, sentado, la epístola y los cantos que siguen. La iglesia de Laon, por lo tanto, y Bellotte nos dice que actúa allí *ad normam metropolitanae Remensis cuius filia dignoscitur*, «según la norma de la

²⁷ AER, Lib. I, Cap. IV, Art. IV.

²⁸ AER, Lib. I, Cap. IV, Art. XII.

²⁹ VLF, pp. 427-428.

³⁰ U. CHEVALIER, *Bibliothèque liturgique*, t. 7, París, Picard, 1900.

³¹ *Ritus ecclesiae Laudunensis redivivi*, París, apud Carolum Saureux, 1662.

³² Véase E. MARTIMORT, *La documentation liturgique de dom Edmond Martène*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, 1978, 128.

³³ *Op. cit.*, p. 98, n. 11.

³⁴ *Op. cit.*, pp. 99-100, n. 15-16.

metrópoli de Reims, de la que es hija»³⁵, observa el uso general de la presidencia en el altar para el simple sacerdote. Simplemente, el misal no se coloca sobre el altar, sino justo delante. A continuación, el celebrante se sienta para las lecturas.

Tercer caso, el de la catedral de Verdún. Martène lo describe brevemente: «Cuando se celebra la misa, el celebrante, después de haber hecho la confesión, se sienta y permanece sentado hasta el ofertorio³⁶». Afortunadamente para nosotros, el corresponsal de Verdún del padre Le Brun le había enviado una descripción muy precisa de los ritos de la misa en la catedral de Verdún. En ella leemos: «El sumo sacerdote, es decir, el sacerdote celebrante, nada más subir al altar, lo besa diciendo *Oramus te Domine*, pero nunca lo incensa en ese momento, y luego va al misal para comenzar, como es habitual, el introito de la misa que canta el coro (...). Tan pronto como el sumo sacerdote ha terminado las colectas en el altar *in cornu epistolæ*, hace una inclinación desde donde se encuentra y se dirige per *breuiorem viam* a sentarse en el trono, donde lee en voz moderada la epístola y el gradual sentado (pero nunca cubierto, al igual que los altaristas) y luego el Evangelio de pie³⁷». El texto es claro: el sacerdote preside la primera parte de la misa en el altar, sobre el que el diácono ha colocado el misal nada más llegar³⁸. El sacerdote está en el altar para entonar el *Gloria* y cantar las colectas. Solo entonces, como en Reims y Laon, como en Jean d'Avranches³⁹, como en Monte Cassino, se sienta para leer en privado las lecturas y los cantos intercalados.

Cuarto caso, el de la catedral de Langres. Martène informa, siempre de forma breve: «Después del introito, él (el celebrante) se sienta con sus ministros durante el *Kyrie*; entona de pie el *Gloria in excelsis* y vuelve a sentarse⁴⁰».

A la pregunta n.º 10 del padre Le Brun: «Si él (el celebrante) permanece de pie junto al atril o en algún otro asiento fuera del altar hasta el ofertorio», el canónigo de Vidrange responde: «Las excesivas repeticiones musicales han introducido la costumbre de sentarse durante la inactividad del sacerdote; antes de la prolongación de la música, no se permitía al sacerdote, al diácono ni al subdiácono sentarse ni apoyarse⁴¹». La respuesta sorprende un poco por lo que puede parecer una falta de pertinencia, pero eso no le resta valor a la información. La pregunta del padre Le Brun era clara y precisa. Si la Iglesia de Langres hubiera tenido un uso original en este punto, el canónigo de Vidrange no habría dejado de señalarlo. Por lo tanto, podemos dar por seguro que en Langres, como en otros lugares, es en el altar donde el celebrante preside la primera parte de la misa. Añadamos que los dos Ordinarios de Langres que han llegado hasta nosotros⁴², aunque son muy lacónicos, no contienen ninguna información que nos permita pensar lo contrario.

Por último, cabe destacar un pequeño cambio que aparecerá en algunos lugares en el siglo XV: mientras que los documentos más antiguos sitúan al celebrante en el asiento para las lecturas y

³⁵ Op. cit., p. 365.

³⁶ *VLB*, t. II, p. 94.

³⁷ *Papeles Le Brun*. Bibl. Nat. ms. lat. 16807, ff. 213v-214r.

³⁸ *Ibid.*, 212v.

³⁹ *Liber de officiis ecclesiasticis*, PL 147, 33.

⁴⁰ *VLB*, t. I, p. 136.

⁴¹ B. N. ms. lat. 16802, f. 163v.

⁴² Chaumont, Biblioteca municipal, ms. 46 (siglo XIII) y Langres, Biblioteca municipal, ms. 15 (1651).

los cantos intercalados, una nueva tendencia será la de mantenerlo en el altar durante las lecturas. El misal de San Pío V, en 1570, al prescribir este nuevo uso, lo hará adoptar en casi todas partes. Sin embargo, la antigua costumbre seguirá prescrita en varios libros litúrgicos en uso hasta el Concilio Vaticano II: en particular, el Ceremonial dominicano de 1869⁴³, el Ordinario cartujo de 1932⁴⁴, el Ceremonial de Lyon de 1897⁴⁵.

Al comienzo de este estudio planteamos la siguiente pregunta: «¿La norma vigente hasta 1962 —la presidencia en el altar para el simple sacerdote— está universalmente atestiguada en la historia de la misa romana, o hay excepciones?».

Al término de nuestra investigación, podemos responder: por lo que nos permiten juzgar los textos accesibles hoy en día, la misa romana, tanto en el uso de la curia como en el de las diócesis y las órdenes religiosas, nos muestra al simple sacerdote de pie en el altar para el *Gloria*, la colecta y el *Credo*, y esto hasta 1962. *El Ordo missæ* de 1965⁴⁶ se aleja, por tanto, de la práctica habitual —de manera casi general— hasta entonces, al colocar al simple sacerdote en el asiento para ello. Pero cabe señalar que la rúbrica sigue siendo vacilante; tolera —pero por razones de conveniencia— el antiguo uso: «a menos que, según la disposición particular de la iglesia, parezca más conveniente que permanezca en el altar hasta la oración inclusive».

Para las lecturas, el celebrante se dirige a su asiento cerca del altar. Sin embargo, en el siglo XV se instaura la costumbre de permanecer en el altar durante las lecturas⁴⁷, costumbre que el *Missale romanum* difundirá y conservará hasta 1962, aunque otros ritos mantienen la antigua costumbre. Al colocar al celebrante en el banco para las lecturas, *el Ordo missæ* de 1965 (y posteriormente el de 1970) no se aleja de lo que conocemos del uso romano (en su conjunto) a lo largo de los siglos.

⁴³ *Cæremoniale juxta ritum s. ordinis prædicatorum Revmi Patris Fr. Alexandri Vincentii Jandel ejusdem ordinis generalis magistri jussu editum*, Melchiniæ, H. Dessain, MDCCCLXIX, 312.

⁴⁴ *Op. cit.* 153.

⁴⁵ *Cérémonial romain-lyonnais*, Lyon, E. Vitte, MDCCCXCVII, pp. 305-306.

⁴⁶ *Ritus servandus in celebratione missæ*, 26 de enero de 1965, n. 23.

⁴⁷ Sin duda, imitando lo que hace el sacerdote en la misa baja.